

México, la educación insuficiente

Álvaro Estrada Maldonado

IMCED

Dos centenarios y cuatro fechas de la historia

El año 2010 podría ser, para México, un año axial. Ya lo plasmó así, estética e intuitivamente, David Alfaro Siqueiros en los muros de la UNAM: *1521 / 1810 / 1857 / 1910 / 19??*. No sabemos qué pueda pasar en el año de los centenarios y no se trata de entrar al terreno incierto de la especulación historicista. Pero el bicentenario de la independencia en conjunción con el centenario de la revolución, no es poca cosa en un país de geografía volcánica, con grades rezagos sociales y sin proyecto cierto de futuro. La crisis económica del país es grave; más grave aún es su desmodernidad, que equivale a su descomposición social.¹

El año que se aproxima es una ocasión propicia para la reflexión, más allá de de las celebraciones pirotécnicas y la autocomplacencia oficial. Varias, apremiantes preguntas, sápidas a urgencia, nos salen al paso. En los 200 años de vida formalmente independiente, ¿cuáles han sido los retos de nuestra educación pública? ¿Cómo es que ésta, pese a los grandes avances que ha experimentado, sigue siendo insuficiente? Son cuestionamientos del tamaño de nuestra historia; las respuestas son asunto del Hércules colectivo. Ensayamos aquí una aproximación. Los ejes analíticos que nos guían son cuatro fechas de la periodización ideográfica de la historia nacional: 1810, la independencia y el proyecto liberal que asumió la educación como panacea; 1857, con su Constitución, cristalización jurídica del Estado moderno, búsqueda del consenso vía la educación; 1910, destrucción revolucionaria de la estructura sociopolítica del porfiriato, definición del carácter educador del Estado en el México contemporáneo; 2010 (o 20??), fecha cabalística, oscuro y enigmático momento de la desmodernidad mexicana, crisis educativa y oportunidad de recambio.

Son varios, a más de complejos, los hilos que atraviesan la trama centenaria de la educación en México. No es fácil identificarlos, ni se debe

¹ ZERMEÑO, S., 2005.

buscar en ellos una solución de continuidad que nos lleve a una interpretación simplista de la situación actual. Se intenta, sin caer en un arcaísmo epistémico que pretenda determinar el devenir de la educación, ubicar algunos referentes históricos y culturales que nos permitan comprender nuestra actual crisis educativa.

Un México independiente y dos tareas históricas

La construcción del México independiente requirió de numerosas tareas. Dos centrales, necesariamente entrelazadas: educar y dotar de cohesión e identidad a poco más de 6 millones de habitantes, dispersos en un territorio vasto, diverso y sin delimitación precisa, un espacio en el que moraban muchos Méxicos. A los gobiernos post independentistas les resultaba vital unificar políticamente a la nación: consolidar un poder central único, dotado de una administración pública y una legislación general. Les apremiaba, igualmente, la implementación de un programa educativo que transmitiera, entre otras, la idea de una nación integrada.

En la sociedad novohispana del siglo XVIII, la ilustración era asunto y preocupación de unos cuantos personajes, casi todos ellos sacerdotes, españoles peninsulares y criollos. Las etnias originarias y las variopintas castas que resultaron de sus mezclas con la población que llegó a raíz de la conquista –base racial y sociocultural de lo que hoy somos los mexicanos– permanecían ajenas a las luces. En su cosmovisión no existía la idea de la escolarización, ni las palabras escuela, maestro y alumno, ajenas como vivían a la moderna educación formal. Después de casi 300 años de dominio español, estos grupos resistían la aculturación europea cobijados en sus nichos tradicionales, produciendo y reproduciendo sus culturas; sólo se educaban en y para la vida.

Desde el siglo XVIII, los hombres cultos veían en la educación la panacea o cura milagrosa que haría posible superar los problemas sociales.² Consumada la independencia, los conservadores pensaban en una lenta, casi vegetal evolución de la educación y la cultura, mientras que a los liberales les corría prisa. Ambos grupos coincidían en que la educación era el único camino para que el país se pusiera a la altura de los estados liberales e industriales más desarrollados.³

² STAPLES, A., 1985.

³ VÁZQUEZ, J., 1970.

El México independiente se enfrentó a un desafío del tamaño de nuestro territorio: escolarizar y educar, socializar y normalizar a todo el basamento poblacional y socioétnico de nuestra joven nación. Se estima –aun cuando las estadísticas sobre la época no son confiables– que al iniciarse la vida independiente 9 de cada 10 adultos eran analfabetos. Entre 1823 y 1827 se formularon diversos planes gubernamentales que proyectaban ya, de manera avanzada, una educación estatal, unificada y gratuita.⁴ En 1822 la Compañía Lancasteriana inició su labor con las escuelas de enseñanza mutua; funcionó así hasta 1842, año en que se creó la Dirección General de Instrucción Pública. La Reforma Educativa de Gómez Farías, cuyo objetivo central era generalizar una enseñanza primaria y popular, fue lo más destacado de la época. Poco fue lo que se pudo llevar a la práctica en las décadas que siguieron a la consumación de la independencia. En 1843 se contaba solamente con 1310 escuelas de instrucción primaria para una población de alrededor de 7 millones de habitantes. El número de escuelas se incrementó justo a partir de 1857, con el triunfo liberal; entre ese año y 1874, se pasó de mil 424 a 8 mil 103 centros escolares para atender a 9,5 millones de mexicanos.

En un entorno caracterizado por la confluencia de civilizaciones e historias, el proceso de integración nacional fue lento y complicado. El naciente Estado mexicano disponía sólo parcialmente de los medios materiales y simbólicos para construir el mito de la identidad nacional, con sus emblemas tangibles y toda su parafernalia ceremonial. Apoyados en la tradición, lo mismo que en las nuevas instituciones de la república, los operadores del Estado se dieron a la tarea de construir en el imaginario social una historia y una identidad, la del mexicano, sin importar que fueran, de origen, artificiosas y ajenas a la diversidad. Una identidad imaginada, mítica, síntesis compleja de elementos religiosos y cívicos, fue emergiendo lenta y milagrosamente.

La nación mexicana nacía y era preciso sobreponerla a un abigarrado conjunto de etnias y culturas distribuidas en el mosaico territorial. Por ello, según señala Florescano: “El proyecto de estado-nación que maduró en México durante la segunda mitad del siglo XIX se impuso como tarea someter la diversidad de la nación a la unidad del Estado”.⁵ La enseñan-

4 MENESES, E., 1983.

5 FLORESCANO, E., 2000, p. 76.

za de la historia patria y del Civismo, al lado de otras acciones civilizadas, buscaba la formación de un ciudadano moderno que se asumiera como mexicano y que actuara como tal. Bajo la influencia europea, el país inició un largo proceso de modernización, necesariamente colonizada, siempre subsidiaria del desarrollo de las metrópolis centrales.

Una constitución, un estadista y dos educadores

La Constitución de 1857 estableció la libertad de educación, a la vez que fue la primera que no declaró a la religión católica como la única oficialmente aceptada. Era una carta magna avanzada, pero ambigua y, sobre todo, difícil de implementar en un país que emergía de la anarquía política; no determinaba, además, al igual que la de 1824, controles del Estado sobre la enseñanza primaria.

En su breve artículo tercero, la Constitución de 1857 establecía que “la enseñanza es libre, la ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio y con qué requisitos se deben expedir”. Liberales y conservadores interpretaron la libertad de educación según sus propias ideologías e intereses, disímiles e irreconciliables; sus diferencias eran insalvables, particularmente en los asuntos relativos a la formación moral, humanista y científica que debería recibir el pueblo mexicano. Los obispos mexicanos rechazaron la nueva constitución ya que, según ellos, la libertad educativa abría paso a la una instrucción no religiosa e impía, además de suprimir sus fueros y desamortizar sus bienes.

En el siglo XIX, los preceptos constitucionales y las leyes reglamentarias no se tradujeron en políticas gubernamentales aplicables y duraderas. No extraña entonces que en esa centuria la instrucción primaria permaneciera en manos de grupos privados, algunos de ellos religiosos, grupos que ejercían su libertad para definir en qué educar y con qué fines; la educación secundaria era el baluarte del clero, privilegio de un selecto grupo de individuos. El grueso de los mexicanos, quienes no se identificaban aún claramente como tales, continuaba fuera de la escuela. Gabino Barreda calculaba que hacia los años de la República Restaurada, sólo una quinta parte de los niños asistía a la escuela.

Juárez y Barreda, sus posturas y acciones, definen los ideales educativos del naciente Estado mexicano. El Benemérito pensaba en una educación

fuera de los claustros, secularizante, capaz de ejercer un influjo determinante sobre la moral pública y los ideales sociales de la población, acorde con la separación del Estado y la iglesia. En su libro *De la educación moral* (1863), Barreda abogaba porque la enseñanza primaria fuera positivista, laica y gratuita, características que le permitirían crear el consenso social necesario al progreso del país. Pero en la Ley de Instrucción Pública de 1867 se reflejaron sólo parcialmente estas aspiraciones, toda vez que el ordenamiento se limitó a establecer una instrucción primaria gratuita para los pobres y obligatoria en ciertos casos. Fue hasta 1888, esto es, veinte años después, cuando una ley reglamentaria estableció como obligatoria la educación para los niños entre 6 y 12 años.

En el contexto de una sociedad poco escolarizada, encerrada en sus nichos tradicionales de cultura y dominada, férreamente, por la moral católica, el positivismo de Barreda era una postura muy radical, incluso para algunos liberales. Es por ello que los ideales positivistas tardaron en permear los ordenamientos educativos; muchos más años fueron necesarios para que se reflejaran en las prácticas áulicas. No obstante: “En el último tercio del siglo XIX, el positivismo se convirtió en la ideología rectora del grupo en el poder, y con ello se arraigó en el universo de valores del Estado mexicano la convicción de que él mismo debía asumir la responsabilidad de la educación pública”.⁶

En este contexto aparece la figura de Justo Sierra, a quien hoy se reconoce como un pilar entre los creadores de la educación moderna y contemporánea de México. Sierra fue vórtice de dos generaciones: la positivista decimonónica y la del Ateneo de la Juventud, fundado en 1909. Los ateneístas se propusieron socavar los basamentos culturales de la oligarquía porfiriana, dotar a la educación de una visión universal y plural, además de consolidar la identidad mexicana y latinoamericana. Justo Sierra inició la reconstrucción de las bases institucionales de la educación pública, aún antes de que la revolución destruyera el Estado liberal oligárquico del porfiriato. En 1905 crea la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes e impulsa la idea de una educación primaria de carácter nacional e integral, laica y gratuita; en septiembre de 1910 lleva a cabo la refundación de la Universidad Nacional de México, hoy UNAM.

⁶ LOAEZA, S., 1998, p. 182.

Una revolución y su estado educador

En 1910 el país tenía una población de 15,2 millones; 3 de cada 4 habitaban zonas rurales y el 81.5 por ciento era analfabeto. Esto significa que después de un siglo de vida independiente, solamente 2 de cada 10 mexicanos sabían leer y escribir. En realidad, la nación, el pueblo en particular, no tenía mucho que festejar en el primer centenario de la independencia. La oligarquía porfiriana se aprestaba con todo fasto a la celebración. Pero su fiesta fue interrumpida por la revolución: los de abajo... se habían levantado en armas.

El nuevo Estado mexicano heredó los rezagos educativos decimonónicos y tuvo que asumir, a la vez, los desafíos propios de nuestra historia contemporánea. Los nuevos retos resultaron cualitativa y cuantitativamente mucho más complicados: escolarizar en todos los niveles a una población que crecía geométricamente; crear, con tal fin, un sistema educativo y sus instituciones; ofertar una educación de calidad; vincular las labores educativas al desarrollo y la cultura nacional y universal; atender a los grupos marginados, particularmente a los mal llamados indígenas.

La Constitución de 1917 estableció las formas y los fines del Estado. En su artículo tercero contiene cierta ambivalencia ideológica: la instrucción es libre pero laica, tanto en los establecimientos públicos como en los particulares. En sus reformas y adiciones, refleja el arco que sigue la historia de la educación pública: laica de base, socialista en el parteaguas cardenista y finalmente democrática. Las leyes reglamentarias en la materia recogieron en sus disposiciones los cambios en el precepto constitucional, reflejando cada una la circunstancia política del momento. La querrela escolar en torno al laicismo dejó de provocar conflictos graves una vez que, en el sexenio de Ávila Camacho, se estableció un acuerdo silencioso para que el gobierno tolerara la educación religiosa en las escuelas particulares; esta disputa cerró su ciclo conflictivo con la legalización de dichas prácticas en la Ley General de Educación de 1993.⁷

Desde los albores del siglo XX, la escolarización ha sido el medio para integrar a los mexicanos al desarrollo nacional, a la vez que instrumento para continuar con la modernización cultural. En esa centuria la población escolarizada pasó de 1 a casi 30 millones. El aparato institucional y esco-

⁷ LATAPÍ, P., 1999.

lar de la SEP (1921) llevó a cabo, con altibajos, una titánica labor de integración social y, en una conjunción no planeada con los medios masivos de comunicación, hizo posible la integración nacional en torno al proyecto del Estado nacional revolucionario.

Hoy en día el 67 por ciento de los niños en edad preescolar asisten a los jardines. Pero sólo hasta el 2005 se universalizó la educación primaria. La educación secundaria ha avanzado hasta alcanzar una cobertura del 75 por ciento. El gran cuello de botella está en la educación media superior y superior; en la primera se cubre al 64 por ciento, mientras que la segunda únicamente atiende a 1 de cada 4 jóvenes. Persiste, además, un rezago educativo que linda en el desastre. Para 1970, todavía una cuarta parte de la población de 15 años y más no sabía leer ni escribir; en la actualidad, la mitad de este grupo poblacional no tiene educación básica; la escolaridad promedio del mexicano es de 8.8 años; el analfabetismo se estima en un 8 por ciento.

Pero hay dos tipos de analfabetismo más preocupantes y peligrosos. El analfabetismo funcional, relativo a los individuos que tienen la habilidad para descifrar las grafías, pero no comprenden el texto. En los últimos cien años, muchos mexicanos transitaron del analfabetismo a la escucha de la radio y a los tentáculos de la hidra posmoderna, la televisión, sin pasar por la consolidación de su capacidad lectora. ¿El resultado? El promedio nacional de libros leídos por persona al año es de sólo 2,8. A esto se agrega lo que los antropólogos llaman el analfabetismo secundario o posmoderno: grupos de todos los estratos se ha convertido en un público cautivo de los medios electrónicos y tienen como interés principal las trivialidades que éstos transmiten. Las distorsiones culturales provenientes de la educación informal posmoderna están apenas en el principio; no sabemos todavía bien a bien hacia dónde nos conducirán.

Mabire señala "...que un buen aparato de educación pública es el fundamento, cuando no el sustituto de toda política cultural que aspire a ese nombre".⁸ El desarrollo de la cultura en México ha tenido más que ver con nuestro acervo de tradición y con la capacidad creadora de ciertos grupos e individuos que con la labor de la escuela. Los grandes cambios culturales provienen de otros ámbitos. El 68, por ejemplo, fue un año que

⁸ MABIRE, B., 2009, p. 251.

hizo girar los goznes de la historia reciente, por la capacidad que el movimiento estudiantil tuvo para poner en duda la legitimidad del régimen priísta y dar paso a la transición democrática, a más de abrir la puerta a cambios culturales impensados en una sociedad dormida al amparo de los valores tradicionales. Los grupos con mayor escolaridad, educación y cultura, por lo general provenientes de las clases medias urbanas, han sido los verdaderos catalizadores positivos del desarrollo cultural.

En los años que siguieron a la revolución, la atención a la diferencia y la educación multicultural se limitó al indigenismo. Apenas en 1992 se reconoció en la Constitución “la composición multicultural de México sustentada originalmente en sus pueblos indígenas”. Y sólo recientemente, con la reforma constitucional del artículo 2º en el 2001, se establece el derecho de los mismos “a la libre determinación” que se ejercerá “en un marco constitucional de autonomía que asegure la unidad nacional”. La realidad es que todavía hoy las etnias originarias continúan sumidas en los estratos más pobres de la sociedad, su acceso a la educación básica es limitado y se va limitando aún más en los niveles educativos subsecuentes.

La catástrofe silenciosa de principios de los noventa se ha tornado, en los albores del siglo XXI, *un fracaso monumental*.⁹

Cinco presidentes y un solo dios verdadero

La crisis actual de la educación mexicana tuvo su origen en la descomposición finisecular del sistema educativo que se construyó a partir de la revolución de 1910; pero es, a la vez, resultado directo de las políticas públicas que se han diseñado a partir del viraje neoliberal de los ochenta. Este cambio de rumbo cerró el ciclo de la revolución mexicana. José López Portillo, último presidente de la llamada “Familia Revolucionaria”, dejó el poder presidencial a Miguel de la Madrid, un enorme poder legal y discrecional, suficiente para insertar en el PRI a un grupo de jóvenes tecnócratas que se hicieron de la hegemonía partidista para imponer una nueva dirección económica y sociopolítica al país.

9 Se juega aquí con los nombres de los libros de Guevara Niebla y Eduardo Andere que aparecen en la bibliografía.

Más allá de los documentos oficiales y de las formas retóricas en que han expresado sus políticas educativas, los presidentes Miguel de la Madrid y Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo y Vicente Fox, lo mismo que Felipe Calderón en sus primeros tres años de gobierno, han operado en la práctica, con buen éxito, para transferir gradualmente la educación pública a la esfera de un solo Dios verdadero, el mercado. Desde una postura muy neoliberal en lo económico, pero neoconservadora y hasta reaccionaria en el terreno de las ideas y la cultura, piensan y asumen que las instituciones educativas han de operarse como empresas de servicios, eficientes y flexibles. La escuela es concebida como el espacio propicio para lograr una calidad educativa circunscrita al desarrollo de ciertas habilidades y competencias, aquéllas que permitan al alumno competir nacional e internacionalmente.

El neoliberalismo es la ideología de la globalización capitalista en su fase postindustrial. En México ha desmantelado el Estado benefactor y, con él, gradualmente, sus aparatos de regulación socioeconómica. Se trata de hacer privado lo que, por necesidad y equidad social, tiene que ser asunto de responsabilidad pública. Las políticas neoliberales buscan naturalizar las desigualdades sociales y, en consecuencia, la inequidad educativa.¹⁰

Los gobiernos tecnócratas se han montado sobre el proceso de descomposición del corporativismo sindical del SNTE. Los conflictos magisteriales por el poder sindical, las facciones de todo signo que de ahí se han desprendido, han producido una especie de anomia en las instituciones nacionales y estatales que administran la educación. El actual gobierno panista vive ya en una impostura: ha terminado de ceder la conducción de la política educativa del país a los elbistas. La SEP –dice Ornelas– es autoridad, el SNTE, poder.¹¹ Este desorden, avivado en el contexto de la crisis económica, es un argumento para recortar el gasto social y avanzar en la privatización educativa.

En los últimos veinticinco años, cinco lustros que, no por azar, coinciden con el viraje neoliberal, la educación mexicana ha dejado de ser un factor de integración y unidad nacional, desarrollo económico y equidad social.¹² Existen millones de mexicanos que le sobran al sistema, es decir,

¹⁰ APPLE, M. T.T. y GENTILI, P., 1997.

¹¹ ORNELAS, C., 2008.

¹² SOLANA, F., 2006.

ya ni siquiera son, como antaño, una reserva laboral; su educación, poco importa. El viraje neoliberal inició con el sexenio del crecimiento cero (1982-1988) y los gobiernos que le siguieron no han podido hacer crecer la economía nacional, mucho menos desarrollarla. México sigue siendo, sin duda, el país de la desigualdad. La educación pública así lo refleja.

Una inconclusión: la educación insuficiente

En el siglo XIX los liberales percibieron la educación como una herramienta para ilustrar al pueblo mexicano y dieron los primeros, históricos pasos en la implantación de una instrucción pública. La revolución mexicana la consolidó. Las dos grandes tareas educativas que se propuso el siglo XIX se alcanzaron hasta bien entrado el XX. El Estado contemporáneo logró escolarizar –mas no formar como ciudadanos– a la mayoría de nuestros niños y adolescentes; hizo posible, igualmente, la unidad nacional en torno al proyecto nacional revolucionario. Los habitantes de México, de sur a norte, llegaron a identificarse como mexicanos.

En los últimos cien años, el sistema educativo se conformó y llegó a consolidarse. Pero la mayoría de sus instituciones no imparten una educación de calidad, si por ésta entendemos la formación polivalente de nuestros niños y jóvenes. Por supuesto que en estos tiempos de globalización la calidad no puede ignorar la incorporación de ciertas habilidades y competencias concretas. Más no hay que confundirla con la instalación de extravagancias electrónicas, con el simple aprendizaje de conocimientos o, peor aún, con la hechura de triunfadores.

La educación formal, la cultura y los medios de comunicación no integran un triángulo virtuoso. Las dos primeras entidades se han venido integrando gradualmente, y de alguna manera podrían llegar a sincronizarse para impulsar la formación de un nuevo ciudadano medio de la nación mexicana, actor social que sería capaz de promover un nuevo pacto social y relanzar nuestra transición democrática. Los *mass media* responden a la sociedad del espectáculo, siguen la lógica del consumismo y sería iluso pensar que es posible controlarlos con fines socioeducativos y culturales.

El inicio del siglo XXI es momento de crisis económica, descomposición social y pérdida del rumbo nacional. El sistema educativo, librado al fin del voluntarismo educacionista, bien puede llegar a ser una de las puertas

grandes por donde los mexicanos transitemos hacia la reconstrucción del país. Pero las políticas educativas siguen determinadas por decisiones sexenales, lejos de ser, como sería deseable en un país democrático, directrices de Estado que guíen los procesos formativos a mediano y largo plazo. La educación pública, tal como se encuentra hoy, atenazada por los intereses políticos de corto plazo, librada a la descomposición del corporativismo sindical, perdida en los laberintos curriculares y en las manos de unos, pocos, burócratas y maestros irresponsables, es una vía cerrada, un callejón sin salida.

La educación bi-centenaria es, todavía, insuficiente. Con todo, nos queda la esperanza: el mural de Siqueiros, cuyo contenido nos sirvió para iniciar este ensayo, lleva por nombre *Las fechas en la historia de México o el derecho a la cultura*.▲

Bibliografía

- ANDERE, Eduardo. *La educación en México: un fracaso monumental. ¿Está México en riesgo?* Planeta. México, 2003.
- APPLE, M., Da Silva T. T. y GENTILI, P. *El neoliberalismo y la crisis de la escuela pública*. Losada. Buenos Aires, 1997.
- BIZBERG, Ilán y Lorenzo Meyer. *Una historia contemporánea de México*, t. 4. Océano-Colmex. México, 2009.
- FLORESCANO, Enrique. *Para qué estudiar y enseñar la historia*. Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América Latina. México, 2000.
- GUEVARA Niebla, Gilberto (compilador). *La catástrofe silenciosa*. FCE. México, 1992.
- GOLZALBO, Pilar (coordinadora). *Historia y nación. Historia de la educación y enseñanza de la historia*. Colmex. México, 1998.
- LATAPÍ, Pablo. *La moral regresa a la escuela, Una reflexión sobre la ética laica en la educación mexicana*. CESU-UNAM/Plaza y Valdés. México, 1999.
- MAYER, Alicia (coordinadora). *México en tres momentos 1810-1910-2010*. UNAM. México, 2007.
- MENESES, Ernesto. *Tendencias educativas oficiales en México: 1821-1911*. Porrúa. México, 1983.
- ORNELAS, Carlos. *Política, poder y pupitres*. Siglo XXI. México, 2008.
- . *El sistema educativo mexicano. La transición de fin de siglo*. CIDE-NF-FCE. México, 1995.
- PROCESO, *Bi-centenario. Los combates por la educación*, Proceso. México, No. 7, Octubre de 2009.
- SUBIRATS, Eduardo. *La ilustración insuficiente*. Taurus. Madrid, 1981.
- SOLANA, Fernando (compilador). *Educación, visiones y revisiones*. FMED-Siglo XXI. México, 2006.
- STAPLES, Anne. *Educación panacea del México independiente*. SEP/El Caballito. México, 1985.
- VÁZQUEZ, Josefina Z. *Nacionalismo y educación en México*. Colmex. México, 1970.
- ZERMENO, Sergio. *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y la exclusión en nuestros días*. Océano. México, 2005.